

ECOS DE LA PALABRA

¡No nos dejes caer en la tentación!

Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 1, 12-15 (I Domingo de Cuaresma - Ciclo B)



El tiempo de la cuaresma, que iniciamos con la imposición de la ceniza el pasado miércoles, es un tiempo propicio para los encuentros. En primer lugar, un encuentro con Jesús quien nos propone un camino y un horizonte de felicidad y de plenitud al que llamamos “El Reino” y, en segundo lugar, un encuentro con nosotros mismos para descubrir y tomar conciencia de los obstáculos que nos encontramos en el camino hacia una vida marcada por los valores del Reino. Estos

dos encuentros se resumen de manera clara en las palabras que nos dijeron al imponernos la ceniza: **conviértete y cree en el Evangelio...** ese es nuestro camino cuaresmal, un camino que no es un fin en sí mismo sino que culminará en la Pascua cuando celebremos, todos unidos, el triunfo de la vida.

En los primeros pasos del recorrido cuaresmal contemplamos la escena de Jesús tentado en el desierto.

Jesús es empujado por el Espíritu al desierto. Al igual que él, nosotros necesitamos ser empujados al desierto para hacer un alto en el camino y tomar conciencia de la deriva que va teniendo nuestro proyecto de vida. Necesitamos tomar distancia de los afanes cotidianos para ver con perspectiva hacia dónde vamos y si tenemos reparos en nuestra marcha. No deja de sorprendernos que, cuando entramos con ilusión en este proceso de mirarnos con detenimiento para reconocer nuestros fallos y determinarnos por “volver a Jesús”, es cuando las tentaciones se hacen más evidentes e intensas, por eso, este es también un tiempo de vigilancia, de estar muy atentos a los movimientos de nuestra interioridad.

El tentador quiere boicotear la relación de Jesús con el Padre. La tentación consistirá en poner trabas a esa novedosa forma de sentir a Dios: cercano, acogedor, compasivo y misericordioso y volver a la imagen de un Dios lejano y juez al que es más fácil temerle que amarlo.

2000 años después, los amigos de Jesús, podemos ser blanco de esta tentación cuando anteponeamos las normas a la compasión, cuando anteponeamos el orden institucional al don del Espíritu que acontece en la comunidad o cuando, para salvaguardar la pureza

del grupo, cerramos las puertas a las personas que no piensan o actúan como nosotros. Cuando caemos en esta tentación la casa del Padre deja de ser la casa de todos.

El tentador quiere que Jesús cambie su forma de realizar la misión en pobreza y humildad. La primera tentación es la del tener, de creer que en el poseer, en el asegurarse, en las “riquezas”, se encuentra la clave de la felicidad en la vida. La segunda es la tentación de lo espectacular, de la apariencia externa. Es aparentar lo que no se es, de creer que el ser humano se define por sus títulos y por lo exterior. La tercera es la tentación del dominio, de aspirar a ser el centro de todo, sintiéndose superior a los demás, negando a Dios el lugar que solamente Él puede ocupar.

En la actual hora de la Iglesia también el tentador quiere llevarnos por un camino diferente al de Jesús para llevar a cabo nuestra misión. Estas pueden ser algunas de las tentaciones que, con la lucidez del Espíritu, podemos evitar:

El inmovilismo y la nostalgia del pasado. Cuando soplan vientos de renovación no faltan las voces que ven en los esfuerzos de apertura y de caridad pastoral un peligro que puede afectar las bases sólidas de la fe. Con esto no quiero decir que no se pueda hacer ninguna crítica a las propuestas de cambio, al contrario, las críticas son necesarias para crecer. La tentación, creo yo, es creer que sólo lo establecido y las soluciones tradicionales son las válidas y que todo lo nuevo es sospechoso.

El Gueto. La Iglesia está presente en medio de un mundo que es plural. Una tentación que estamos llamados a resistir es la de encerrarnos en nuestros espacios de confort, donde estamos rodeados de los que piensan y son como nosotros. La Iglesia de Jesús es universal, no excluye a nadie pues se encarna en toda las realidades humanas.

El silencio cómplice. Ponerse a favor de los últimos, a favor de la vida y de la justicia no tiene buen cartel. Ante los señalamientos podemos caer en la tentación de no decir nada para no incomodarnos, de pasar de largo para no perder prestigio social, pero, nuestro silencio será cómplice de quienes atentan contra la dignidad humana. Voces proféticas contra los silencios cómplices.

Pidamos al Padre, al iniciar la cuaresma, que no nos deje caer en la tentación.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona